

Volver a Empezar

Por Jorge Streb

Políticos muy importantes del peronismo y del radicalismo venían diciendo, en público o en privado, que la solución de nuestros problemas era dejar de pagar la deuda y devaluar el peso. A fines del 2001, el gobierno nacional declaró formalmente el default de la deuda —festejado por gran parte de la Asamblea Legislativa con una ovación de pie— y poco después lo que quedaba de la Convertibilidad fue reemplazado por una flotación del peso. Sin embargo, estas medidas no han inaugurado la tan esperada reactivación. Al contrario, el producto sigue cayendo, el desempleo está llegando a niveles récord.

El colapso de la Convertibilidad es el fracaso más estruendoso de nuestra historia financiera. Como al mismo tiempo se rompieron la mayoría de los contratos privados internos, estamos en un momento de transición aún peor que el Plan Bonex de 1990, cuando el sistema financiero se redujo a un mínimo histórico y la economía se desplomaba. Es bastante parecido al fin de la guerra de las Malvinas, cuando tras la derrota declaramos el default de la deuda externa y se hizo una contra-reforma que revirtió la liberalización del sistema financiero. A partir de ese momento empezamos con los programas de ayuda del FMI, ya que nadie más nos creía ni nos prestaba. El resto de la década del 80 fue una larga oportunidad perdida para el crecimiento económico. No hubo un rumbo claro para el futuro hasta que se lanzó la Convertibilidad en 1991. La Argentina arriesga perder otra década si no acierta en encontrar un nuevo punto de partida.

Una vez que el sistema político le dijo no en marzo del 2001 al ajuste de gastos de López Murphy, decidiéndose en cambio postergar el pago de la deuda, nos empezamos a encaminar de hecho al default (el déficit cero llegó demasiado tarde, y chocó con el piso de coparticipación de las provincias). A partir de ahí, el sistema financiero doméstico dejó de ser seguro. Una parte importante de los préstamos bancarios eran al sector público. Difícil devolver depósitos si el gobierno no paga. Incluso los préstamos a las empresas privadas de primera línea en dólares se podían hacer incobrables, ya que el default dispara el tipo de cambio real. Un dólar a 3, 4 o más pesos es otra manera de decir que los activos de las empresas y de las personas en la Argentina valen muy poco, si hay una absoluta falta de confiabilidad de nuestras instituciones. Las reiteradas denuncias en la prensa y en las cortes por la salida de 20 mil millones de dólares en depósitos el año pasado yerran el punto esencial: la salida de capitales fue la respuesta lógica a lo que pasaba en la política argentina. Todavía más absurda que la fuga de capitales antes del colapso de la convertibilidad es que una poca gente haya podido retirar después del colapso sus depósitos en dólares gracias a los amparos judiciales. Implica un trato totalmente inequitativo con respecto a los depositantes remanentes, patentizando la inoperancia del gobierno para encarar una solución general al problema.

El gobierno actual parece absorto en tapar parches, contentándose con llegar a fin de mes con una tasa de inflación razonable y un dólar que no se dispare por las nubes. Las autoridades han dejado expresamente pendiente para más adelante el tema de hacer reformas más de fondo. Las pocas reformas que se están haciendo ahora son más bien para complacer, a regañadientes, las exigencias del FMI. Limitarse a eso es quedarse muy cortos. Lo único que puede posibilitar que la economía arranque vigorosamente es encarar las reformas de fondo a nivel económico y político. Se necesita un cimiento que justifique construir en la Argentina, algo para ilusionarse y apostar de nuevo por este país.

Entre estas reformas, es esencial recrear el mercado de capitales. Ninguna nación desarrollada puede existir sin él. La Convertibilidad fue esencial no por una cuestión monetaria, el fin de la inflación que nos había aquejado sin solución por 45 años, sino porque permitió recrear gradualmente el mercado de crédito, que se basa en la confianza de que se van a mantener las reglas pactadas hoy también en el futuro. Eso abrió el camino para muchas inversiones en la Argentina.

El sistema de flotación que propone el FMI podría en principio funcionar, pero es sólo una pieza más en un conjunto. Otra pieza es un Banco Central que no esté subordinado a las necesidades fiscales del gobierno, algo que no se cumple desde que Pou fue removido de su puesto por resistirse a prestarle las reservas de la Convertibilidad al gobierno a cambio de papeles. El Banco Central trató de diseñar un régimen para que los bancos que pudieran devolvieran los depósitos a la par a partir de principios del año que viene, pero después el gobierno lo desautorizó. Además, al tener muchos pasivos externos y activos pesificados, la mayor parte del sistema bancario está, con esta disparada del dólar, quebrado (lo mismo que muchas empresas de primera línea). No queda claro como al menos parte del sistema financiero puede recuperar un hilo de credibilidad en medio de este naufragio. Además, no está resuelto el freno a la impresión de bonos provinciales, una manera particularmente desquiciada de federalizar el antiguo impuesto inflacionario.

En resumen, no veo ni que se esté pensando en recrear un Banco Central independiente, ni cambios que lleven a restaurar la confianza en el mercado de capitales. Dentro de la indefinición actual, vamos camino a la implosión del sistema económico. No se les da un corte a los problemas, se cierran los ojos y se los posterga. Dos ejemplos: el corralito, que iba a ser por 90 días y todavía da vueltas, y la ley de quiebras, para suspender por 180 días la liquidación de empresas. Si no enfrentamos esos problemas, no hay manera de pasar a otra cosa. Estirar los plazos para dar una respuesta a los problemas imposibilita volver a empezar.

Si no tenemos capacidad de construir esas instituciones en este momento, una opción es importarlas. Medidas extremas. Una nueva convertibilidad a un tipo de cambio más alto no es creíble hoy. Ni siquiera la dolarización por sí misma. No es claro que la gente volvería a depositar los ahorros en bancos domésticos, porque el riesgo que se enfrenta en Argentina tiene que ver con una confiscación de activos como la que perpetró el gobierno a partir de su debacle financiera. Para superar eso, hay propuestas prometedoras como las de Jorge Avila de autorizar una banca off-shore, que opere físicamente en la Argentina pero que esté bajo la jurisdicción de autoridades regulatorias más confiables. La banca off-shore no da respuesta en sí misma al problema de financiamiento de las empresas, pero si no hay un rompimiento generalizado de los contratos privados externos —como pretendieron el ejecutivo y el congreso con la sanción de la ley de quiebras— se podría reabrir el camino al financiamiento externo una vez que se encaminen las otras piezas. El sistema político no puede reescribir a su antojo las reglas de juego, y esperar luego recibir apoyo interno y externo.

Junto con los cambios al sistema financiero, hay discusiones para simplificar el sistema impositivo, haciendo que todos cumplan en forma pareja, e para imponer más responsabilidad fiscal a las provincias y la nación. Junto a eso, la integración al ALCA es el camino más claro para que haya reglas de juego definidas para los mercados, algo que no es contradictorio con el Mercosur —parte de este proceso es integrarnos con nuestros socios naturales—, aunque los tiempos nos urgen. Estas reformas son asimilables al proceso por el que España se asoció a la Comunidad Europea, abrió sus mercados, adoptó el euro y experimentó un salto acelerado en su nivel de desarrollo.

Un contraste. Alemania estaba ocupada militarmente y dividida en cuatro después de perder contra los Aliados en la Segunda Guerra Mundial, derrotada sobre todo por sus propios demonios internos. Sin embargo, cuando se desmontó en una de esas divisiones administrativas el sistema de control económico que venía de la época nazi, y se liberalizó la economía, Alemania empezó a resurgir literalmente de sus cenizas. Nosotros tenemos que hacer eso, desatar nuestras propias energías, y dejar de perder el tiempo buscando culpables imaginarios de nuestros males afuera de nosotros mismos.

Hacen falta decisiones claras sobre qué lugar queremos ocupar en el mundo, —si nos animamos a jugar en primera no sólo en el fútbol sino también en todo lo que hacemos— para definir un horizonte que hoy no existe. La mediocridad no nos está llevando a ningún lado. No se vislumbra todavía en el gobierno ninguna medida comparable a la energía que en su momento desató la Convertibilidad. Si apuntamos alto, podemos sacar al país adelante.